

indudable que al salir del banquete llevaba yo en el bolsillo la servilleta. Acompañé a mi amigo hasta su casa, y con su manecita ardorosa entre las mías le juré un afecto imperecedero.

Aquella pobre criatura murió a los veinte años.

## VIII

## ROMANTICISMO

Una de las personas más extraordinarias entre las que frecuentaban mi casa cuando yo tenía doce años era el señor Marc Ribert, hombrecillo de cincuenta o cincuenta y cinco años, con el pelo erizado, la frente abombada, las mejillas chupadas, y que hacía todo lo posible para ofrecer un aspecto de fatalidad y desesperación. Seguramente la marcha de sus asuntos influyó en este carácter, y se decía que iban de mal en peor por su causa. Hijo de un almacenista de vinos de Bercy, en su juventud había tratado asiduamente con los artistas y los escritores, con las mujeres galantes y con los cómicos; había dado fiestas magníficas, había hecho construir un castillo gótico en Clamart y había disipado en todo género de prodigalidades la herencia paterna. Su mujer, que murió joven de la dolencia que aún se llamaba entonces «consunción», le había dejado una hija de belleza ideal y de muy quebrantada salud. Al decir de las gentes, sólo cuando se le agotaron los recursos decidió suprimir sus derroches;

y en realidad no le faltaban motivos de inquietud y de aflicción; pero los que le conocían a fondo, como le conocía mi padre, le juzgaban ligero, frívolo, olvidadizo, y suponían que insensible a sus infortunios verdaderos se mostraba desesperado por gusto y por inclinación. Era un romántico hecho y derecho. En la época a que me refiero había ya muy pocos de su especie, por lo cual el señor Marc Ribert me pareció admirable. En sus palabras, en sus miradas, en sus actitudes, lucía su originalidad y sus ensueños. Yo le imaginaba rodeado de sílfides, de gnomos, de duendes, de ángeles, de diablos y de hadas. ¡Había que oírle recitar alguna poesía nebulosa o alguna balada fantástica! Aseguraba que lo feo es lo hermoso y que lo hermoso es lo feo. Yo lo llegué a creer. Ahora estas afirmaciones me ofrecen ya más dificultades. Para el señor Marc Ribert, Racine era un anticuado y un chancleta. Tal vez compartí ciegamente semejante juicio porque mi profesor, el señor Bonhomme, afirmaba lo contrario, y esto era en mi criterio de entonces una razón decisiva. ¡Oh!, qué apasionadamente me invitaba aquel viejo romántico a producir asombro entre los tenderillos y los filisteos, y aplastar la hidra del clasicismo! ¡Con qué ardor ansiaba yo seguirle y proclamar a mi vez la libertad del Arte sobre el cuerpo derribado y pisoteado del señor Bonhomme!

Mi pobrecita mamá deploraba el ascendiente que el señor Marc Ribert ejercía sobre mí, y algunas ve-

ces suspiraba: «Pedrín enloquecerá si hace caso a ese loco»; y confiaba en el señor Danquin, mi padrino, para contrarrestar aquella perniciosa influencia; pero difícilmente podía ejercer sobre mí algún influjo el señor Danquin, porque era demasiado razonable. Consideraba al señor Marc Ribert loco, loco de atar, y creía, como el señor Duvergier de Hauranne, que el romancismo es una enfermedad semejante al sonambulismo o la epilepsia, y daba gracias al cielo al advertir su notoria disminución.

La antipatía que mi padrino provocaba en el señor Marc Ribert era invencible, porque era natural. A los ojos de Marc Ribert mi padrino era un burguesote, «jun burguesotel», esta palabra lo dice todo. Para distinguirse de la infame casta, el señor Marc Ribert se vestía con una especie de jubón de terciopelo negro y anchos calzones de forma inusitada. Su largo pelo, echado atrás, formaba una punta diabólica en su frente, y se recortaba la barba como Mefistófeles. Vestido de tal manera se burlaba amargamente de mi padrino, el cual, rechoncho y ventruado, se cubría con una levita larga, y lo mismo que el señor Prudhomme usaba gafas de oro, y se adornaba con un cuello cuyos picos le cubrían la mitad de las mejillas y con una corbata de seda negra que le daba tres vueltas al cuello. Como las mejillas de mi padrino eran muy coloradas, el señor Marc Ribert comparaba su busto con un ramo de rosas envueltas en un papel blanco, comparación que me hizo mucha gracia por su exactitud y que,

al encontrarme delante de mi padrino, me provocaba una estrepitosa risa.

Mi padrino, receloso, encogíase de hombros, me llamaba imbécil y me aconsejaba que fuese a estudiar mis lecciones en vez de hacer bobadas. Por el contrario, el señor Marc Ribert me repetía que no hiciese caso a los profesores.

—Son unas momias.

Muchas veces, en el saloncito paternal presencié las disputas entre mi padrino y el señor Marc Ribert. Mi padrino representaba realmente el personaje de Jerónimo Paturot. Yo no tenía capacidad suficiente para seguir aquellas disputas, y mucho menos para juzgar las razones aportadas por una y otra parte, en el caso de que aportaran alguna razón; pero mi necedad no admitía vacilaciones, y me decidía siempre contra mi padrino, quien jamás empleaba frases deslumbradoras como lo hacía su adversario. Este lanzaba por la boca un revoltijo de lórigas, bandas, cimbras, gigantes, dragones, escuderos, enanos, castellanas, pajes, capillas y ermitas. En el saloncito de mis padres a su voz surgía un mundo encantador, y en aquella magia estallaban las maldiciones, los sarcasmos y la risa gutural del viejo romántico.

Entonces mi padrino recordaba *El Rey de Yvetot* y *El Molinero de Saint Souci*, para lanzarle una granizada de argumentaciones, mientras los dijes de su leontina se agitaban sobre su abultado vientre.

No me sería posible repetir sus conversaciones

con fidelidad, y sin duda he olvidado lo más esencial de ellas; pero cuando me esfuerzo para recordarlas, me parece que el señor Danquin no siempre estaba equivocado, como yo suponía. Lamentaba que algunos matices del lenguaje, advertidos con delicadeza en otro tiempo, se confundieran ahora de tal modo que resulta cada vez menos claro lo que se escribe; lamentaba también que la razón hubiera dejado de regir las inteligencias; pero el señor Marc Ribert tenía en su favor la inestimable ventaja de expresar confusamente ideas de comprensión difícil. La obscuridad las embellecía a mis ojos. Se admira más lo que no aparece muy claro. La admiración exige alguna sorpresa. Por esto me entusiasmaba el señor Marc Ribert cuando definía la obra romántica de este modo:

—Es la obra de la protesta y del dolor; es el duelo amargo que se mezcla con la febril ansia de lo infinito; es la desesperación oculta bajo la ironía más aguda.

¡Qué sé yo lo que decía! Sólo sé que sus frases me admiraron y me aturdieron por su grandeza.

Las discusiones políticas entre aquellos dos hombres de opuesto carácter y contraria naturaleza fueron siempre tan violentas como sus discusiones literarias, pero mucho más cortas. A mi padrino, en política sólo Napoleón le interesó, y el señor Marc Ribert sentía no vivir bajo la soberanía de Luis X el Tozudo; esto le ilusionaba. Mi padrino lo suponía una broma, pero seguramente no lo era, por-

que el señor Marc Ribert lo decía todo en serio, y aquella seriedad que revistió su locura constituyó el ascendiente más considerable sobre la inteligencia de un pobre niño. La idea de lo grata que pudiera ser la vida en tiempos de Luis X el Tozudo, arraigó de tal modo en mí que lo expresaba a cada momento al hablar con mi madre, con mi buena Justina y con mis camaradas del colegio.

Un día, durante el recreo de la mañana se la comuniqué a Fontanet, quien siempre juicioso y de espíritu elevado [me respondió que él quisiera vivir en la época de San Luis.

Aun cuando hacía ya bastante tiempo que le trataba, yo no había ido nunca a casa del señor Marc Ribert, y una mañana mi padre que solía ir, ya como médico ya como amigo, me llevó con él. El señor Marc Ribert vivía en la calle Duphot, cerca de la Magdalena, en la orilla derecha del río. La calle nada tenía de romántica, y la casa tampoco; no la edificaron en los tiempos de Luis X el Tozudo sino en los de Luis Felipe. La escalera, con su alfombra parduzca y su barandilla de hierro fundido pintada de blanco, no se amoldaba al gusto del señor Marc Ribert; la antesala, donde había un perchero y un paragüero, tampoco justificaba sus convicciones. ¡Paciencia! Mi padre avanzó solo por un pasillo, que sin duda conducía a la alcoba del señor Marc Ribert, y la criada, bastante gorda, me introdujo en un saloncito amueblado con divanes sobre los cuales había almohadones bordados y tapices

de Oriente. Había también, apoyado en una pared un enorme cuadro, que de pronto me hizo sentir todos los encantos del dolor. El dolor embellecido es lo que más conmueve al corazón generoso. Me conmovió profundamente aquella pintura que representaba a Ofelia rubia, deliciosa, y que al ahogarse no dejaba de sonreír. En su abandono, el vestido la mantenía flotante sobre el agua. Su cabeza coronada de flores descansaba sobre la onda como sobre un almohadón; el arroyo y los árboles ofrecían tonalidades pálidas y verdosas, reflejadas en el rostro de Ofelia. Sus ojos expresaban el ingenuo aturdimiento de la locura. Mientras yo contemplaba aquel hermoso cuadro, oí una deliciosa voz que cantaba con incomprensible distracción y súbitas interrupciones *¡Adiós mi bello navío!...* Aquella romanza que en otro momento acaso no me hubiera conmovido, me desgarró los nervios y me hizo prorrumpir en sollozos. Cesó el canto, pero no se calmaba mi emoción. El rechinar de una puerta que se abría me hizo volver la cabeza, y vi sobre el quicio de aquella puerta a una muchacha vestida de blanco y rubia como Ofelia, que llevaba también, como Ofelia, un brazo de flores. Al verme lanzó un grito de sorpresa y huyó.

No puedo precisar durante cuántos días me preocuparon el cuadro de Ofelia y la figura de aquella muchacha que tanto se le parecía. Releí hasta saberlo de memoria el relato de la reina, en el drama de Shakespeare: «Hay a la orilla del arroyo

»un sauce que refleja en el cristal del agua su pálido  
 »verdor; ella tira de una rama para construir capri-  
 »chosas guirnaldas con anémonas silvestres, marga-  
 »ritas, y esas flores rojas que las muchachas llaman  
 »dedos de muertos. Cuando se inclina para colgar  
 »su guirnalda, se rompe la rama de infortunio en  
 »que se apoya, y Ofelia cae con su cosecha de flores  
 »al triste arroyo; su vestido la sostiene un momento  
 »como un hada sobre las aguas, y ella entona trozos  
 »de canciones, inconsciente del peligro.»

Algunos días después—es posible que hubieran pasado algunas semanas desde el día en que fui a la casa de la calle de Duphot, donde sentí profundas emociones—dijeron mis padres entre otras varias noticias comentadas de sobremesa, que el señor Marc Ribert se había ido definitivamente de París, porque sus recursos no bastaban para cubrir las necesidades de la vida, y se había retirado a un pueblecito a la orilla del Gironda, en casa de unos parientes vinicultores y acompañado por su hija Berenguera, cuya salud motivaba inquietudes. Esto me entristeció sin sorprenderme. Y esperé acerca de aquel asunto mayores tristezas.

Corrió el tiempo. Insensiblemente, como el cuerpo de la novia de Hamlet se borró de mi memoria el recuerdo de la muchacha que llevaba un brazado de flores, pero de pronto reapareció una mañana de Otoño al oír cantar a mi madre: *¡Adiós mi bello navío!*...

Y pregunté:

—Mamá, ¿qué ha sido del señor Marc Ribert? Hace cinco años que no hablan ustedes de él, ni de su hija.

—El señor Marc Ribert murió, hijo mío. ¿No lo supiste? Su hija se volvió loca, pero su locura es tranquila. Guarda piedrecitas en una caja y cree que son perlas y diamantes; las enseña como preciosidades y las regala a las personas que la visitan. Su locura toma también otras apariencias singulares. Dice que no puede leer, porque en cuanto abre un libro, apenas fija los ojos en sus páginas las letras se levantan como si fuesen moscas, y zumban al revolotear en el aire. Por esta razón sólo quiere leer en los ramos, que descifra perfectamente porque ha estudiado el lenguaje de las flores, y hace algunos días que también las flores huyen y vuelan ante sus ojos como si fuesen mariposas.

—¿Se sabe la causa de su locura?

—Unos amores contrariados. Estaba prometida; y al enterarse de que el señor Marc Ribert había perdido todos sus bienes y hasta el modesto patrimonio de su hija, el novio retiró su palabra.

Yo me indigné.

Mi madre sonrió tristemente.

—Hijo mío, con frecuencia los hombres carecen de valor y de fe.

Esta idea me impresionó.

Sin expresar nada extraño, no respondía al carácter de mi madre, confiado siempre en la bondad humana.